

en el reino de Polonia se habían ya manifestado parecidos vestigios de rebelión contra la autoridad real (1).

El congojoso temor por el porvenir del reino que se expresa en estas cartas, era demasíadamente justificado. Las circunstancias de Polonia se presentaban visiblemente de día en día más peligrosas. Desde la primavera de 1571 corría en Italia cada vez más determinadamente el rumor de que el rey Segismundo Augusto había reanudado su antiguo plan de disolver su matrimonio con la reina Catalina, que se suponía estar enferma de epilepsia. Más adelante se dijo que el monarca pensaba hacer declarar inválido su matrimonio por la dieta inmediata, y luego para dar a esta declaración la apariencia de derecho, mudar de religión. Según otras noticias el rey de Polonia se lisonjaba con la vana esperanza de que el Papa disolvería su matrimonio. Mientras los católicos polacos hasta entonces se habían opuesto a los planes de divorcio, esta vez no se atrevieron a hacer ninguna resistencia. Pero la nobleza protestante, con la esperanza de alcanzar libertad de religión, prometió al rey, no sólo su propia ayuda, sino también el auxilio de los príncipes protestantes alemanes. Hasta qué punto hubiese ya el rey consentido en estos planes, no era claro. Como quiera que fuese, amenazaba el mayor peligro de que con su asunto del divorcio se pasase al campo de los protestantes (2).

La situación empeoró todavía por la conducta de Portico, el cual no era adecuado para su difícil empleo y procuraba encubrir su debilidad con relaciones optimistas. Como flexible cortesano había logrado granjearse el favor del rey en tal grado, que repetidas veces se esforzó éste por alcanzar a su favorecido la púrpura cardenalicia. El mismo fin pretendían las relaciones de Portico sobre el mejoramiento de las cosas en Polonia, descripciones que

(1) V. Eichhorn, 418 s.

(2) Serios temores había ya expresado Nicolás Cromer en 20 de abril y 27 de mayo de 1571, en sus cartas a Martín Cromer (Eichhorn, II, 420). Fueron confirmados por una *carta de M. A. Graziani a Commendone, fechada en Padua a 21 de mayo de 1571, *Archivo Graziani de Città di Castello*. Otras noticias más determinadas se hallan en los Despachos Venecianos, III, 519 s., donde hay también pormenores sobre la misión del jesuíta L. Maggio, que retuvo prudentemente el breve que está impreso en Catena, 309 s. V. además las *relaciones de Commendone al obispo de Torcello y al cardenal Rusticucci, fechadas ambas a 27 de noviembre de 1571, *Archivo Graziani de Città di Castello*.

de ningún modo correspondían a la verdad. La intercesión del rey de nada aprovechó a Portico; estaban en Roma bien informados y eran de opinión, que la situación de aquel reino era muy peligrosa, especialmente porque el rey vivía de una manera inmoral e insistía más que nunca en su plan de divorcio (1).

En estas circunstancias fué dicha el haber podido el Papa confiar el cuidado de los negocios de Polonia a un hombre de tan probada entereza y tan profundo conocedor de la situación de Polonia como Commendone (2). El 27 de noviembre de 1571 pasó el legado la frontera de Polonia. Por comarcas inficionadas de peste y por caminos cubiertos de hielo se dirigió apresuradamente a Varsovia, adonde llegó el 7 de enero de 1572 (3). El rey enfermo de gota le recibió honorífica y afablemente. El legado hablóle al punto, no sólo de la liga contra los turcos, sino también de los rumores que corrían respecto al asunto del divorcio. Con elocuentes palabras representó a Segismundo Augusto la santidad del vínculo conyugal y la imposibilidad de que el Papa consintiese en un divorcio. Era promovedor de todo este negocio, como presto lo reconoció Commendone, el arzobispo de Gniezno, Uchanski, poco digno de confianza, el cual no había mudado de condición (4).

A ruegos de Commendone también Portico, que tenía mucho valimiento con el rey, se esforzó por apartar al monarca de su funesto designio, pero inútilmente. El 3 de marzo de 1572 Commendone anunciaba a Roma, que aunque ya muchas veces había hablado sobre el divorcio con el rey con toda la franqueza posible, persistía éste en su intento. Que ahora se aproximaba el tiempo de la dieta, en la cual podía ser fácil que se tratase de dicho asunto; que por eso había reiterado sus representaciones y procurado especialmente quitar al rey el pretexto de que no sabía que el Papa no podía permitir el divorcio. Dijo al rey en su cara con

(1) Cf. Eichhorn, II, 421 s. Portico por su propia cuenta había entablado negociaciones con Suecia, donde la reina Catalina era católica. Un jesuíta había de trasladarse allá; cf. Laderchi, 1570, n. 273 s. Pero cuando supo Pío V, que la reina comulgaba sub utraque, mandó a Portico romper todas las relaciones; Biaudet, 27.

(2) Cf. Berga, Skarga, 177.

(3) V. los Despachos Venecianos, III, 501, nota 2; Gratianus, III, 9.

(4) V. las *relaciones de Commendone al cardenal Rusticucci, fechadas en Varsovia a 16 y 24 de enero de 1572 (la última está cifrada), *Archivo Graziani de Città di Castello*. Sobre la conducta de Uchanski cf. también Zivier, I, 781 s.

palabras secas, que su matrimonio con Catalina era un verdadero sacramento e indisoluble, y que en él no podía mudar nada ni el Papa ni nadie de este mundo. Que por eso renunciase a sus planes de divorcio faltos de esperanza, y no precipitase su reino en interminables turbulencias. En su conversación Commendone trajo a la memoria del rey a Enrique VIII de Inglaterra, el cual desde su divorcio no había tenido ya una hora de sosiego, ni logrado sin embargo sucesión masculina de todas sus mujeres. Segismundo Augusto replicó, que no quería ser ningún Enrique VIII, ni en general hereje; que tal vez no se trataría en la dieta de este asunto; a lo cual repuso Commendone, que no estaba en poder de su majestad impedirlo (1). También el nuncio unió sus representaciones a las del legado. Entonces se mudó súbitamente la situación con la noticia de que la reina Catalina había muerto en Linz el 29 de febrero de 1572 (2). Todavía más extraña que la tristeza que manifestó Segismundo al recibir esta nueva, fué la circunstancia de que en adelante no volvió a hablar de su nuevo casamiento, que ahora era posible. Es incierto si fué decisiva en este cambio de pensar su inconstancia, o sus relaciones amorosas con una señorita de la corte (3).

Las negociaciones sobre la liga contra los turcos, que Commendone agenciaba desde el principio con grandísimo ardor, las había el rey remitido a la dieta. Allí la disposición de ánimo era muy desfavorable. Sin embargo Commendone esperaba un buen resultado. Toda su elocuencia la empleó en negociar personalmente con los senadores. Recibió con todo la respuesta de que como ni el emperador ni el Imperio se habían movido, tampoco Polonia se podía declarar contra los turcos sin exponerse a los mayores peligros (4). En las negociaciones de la dieta volvieron a manifestarse corrientes hostiles a los católicos; el que no obtuviesen preponderancia, se debió en no pequeña parte al proceder prudente de Commendone (5).

(1) V. la *relación cifrada de Commendone al cardenal Rusticucci, de 3 de marzo de 1572, *Archivo Graziani de Città di Castello*.

(2) V. Colec. de docum. inéd., CX, 418 s.

(3) V. los Despachos Venecianos, III, 520, nota; Gratianus, III, 9.

(4) V. los Despachos Venecianos, III, 501, nota 2; Gratianus, III, 10; cf. Theiner, *Mon. Pol.*, II, 763 s.

(5) Cf. la memoria *Negotii di Polonia, compuesta en mayo de 1572, *Miscell.*, II, 117, p. 384, *Archivo secreto pontificio*.

Entre tanto el estado del rey, enfermo de fiebre hética y de gota, empeoraba cada vez más. El infeliz acortó él mismo su vida con sus desórdenes. Llenos de zozobra miraban al tiempo futuro todos los patriotas y con ellos Commendone: como Segismundo Augusto era el último vástago de la dinastía de los Jaguelones, era de temer que los partidos, que ya desde hacía años socavaban la concordia del reino, se declarasen en abierta lucha entre sí en la elección de rey (1).

II

Como en Polonia a pesar de todas las deficiencias del clero la masa del pueblo se mantenía aún fiel a la fe católica, así ocurría lo mismo, según el testimonio de Borromeo (2), en la parte de Suiza que había permanecido católica. Ciertamente también en los legos tiene el cardenal mucho que condenar: son tercios en las contiendas, es venal la administración de justicia, la jurisdicción eclesiástica se halla casi olvidada; la usura está en auge, la recepción de los sacramentos muy decaída; comen muchas veces al día y beben a todas horas. Pero el pueblo en su mayor parte es bueno y cumplidor de su deber. Los suizos son leales en el comerciar, honrados y fáciles de dirigir, si se los trata con afabilidad. Se viaja por los caminos sin temor de ser robado; la blasfemia se castiga con rigurosas penas; no son dados al juego, sino que, en vez de esto, en los días festivos se ejercitan en tirar al blanco. Las fiestas de la Iglesia se observan con exactitud; por mucho dinero que se ofrezca, no se puede hallar a nadie que lleve el equipaje de un viajero en tales días. Hacen mucha cuenta de oír la santa misa. Si alguna vez ésta les falta, paréceles que están enteramente desamparados y creen que no son ya cristianos. Asisten al culto divino con gran devoción, separados los hombres de las mujeres; su piedad con los difuntos no tiene igual; en todas partes se ven junto al camino imágenes sagradas; tienen a la religión católica tal adhesión, que de grado emprenderían una nueva guerra contra

(1) V. Eichhorn, II, 425. Sobre la economía del rey en punto de concubinas v. Zivier, I, 781 s.

(2) Informe de 30 de septiembre de 1570, en Reinhardt-Steffens, *Nunciatura de Bonhomini*. Documentos, I, 6-17.

los cantones protestantes para librarlos de la herejía. Nadie es tolerado entre ellos que no reciba por pascua los sacramentos, o que viva públicamente en concubinato. Señaladamente es de alabar también el decoro y la modestia en el vestir de las mujeres (1).

Respecto al partido protestante era además una gran ventaja para los católicos de Suiza el que muchos hombres de calificada habilidad política y militar, ricos y de gran reputación, así en su patria como en los países extranjeros, se hubiesen consagrado a los intereses católicos con tal ardor y abnegación, que parecía ello un milagro, si se comparaba con los tiempos anteriores (2). Al frente estaba un varón que fué como el organizador de la Suiza católica: Luis Pfyffer, magistrado supremo y rico hombre de mesnada de Lucerna, el cual en 1567 salvó felizmente al rey de Francia ya casi hecho prisionero, conduciéndole a París por en medio de las huestes de los hugonotes, y se señaló en varias batallas de las siguientes guerras de religión, o directamente decidió en ellas la victoria. Desde 1569 consagró su «eminente actividad principalmente a su ciudad natal y al partido católico de la Confederación» (3). También contribuyó muchísimo a levantar la Suiza católica Melchor Lussy de Unterwalden (4), el cual por espacio de cuarenta y ocho años ocupóse en negocios públicos, como representante de su país en el concilio de Trento (5), como embajador en Roma, Venecia, Milán, Turín y Madrid, lo mismo que como landamán o magistrado supremo en su cantón, y aparece como hombre de confianza de la Santa Sede. El amor a la

(1) Cf. Borromeo a Ormaneto en 5 de noviembre de 1567: *Non voglio lasciar di dire, d'haver ricevuto grandissima consolazione in trovar li popoli tanto catholici divoti et semplici, che se in proportione fussero tali li sacerdoti, ce ne potremmo contentare.* En Wymann, 161, nota 3.

(2) Juicio de Dändliker (II^o, 647). «Esta era precisamente la manifiesta y gran ventaja de este grupo, que dispusiese de hombres que en medio de la reacción católica que se alzaba pujante y vigorosa en todas partes, poseían experiencia militar, reputación personal y conocimiento de los negocios en el trato con los grandes y poderosos.» Dierauer, III, 330.

(3) Dierauer, III, 330. Cf. Hürbin, II, 225, 261; Dändliker, II^o, 649 y especialmente Segesser, Luis Pfyffer, 2 tomos, 1880/83. V. también Meyer von Knonau en la Biografía General Alemana, XXV, 727 ss.

(4) Dierauer, III, 330. G. v. Wyss en la Biografía General Alemana, XIX, 657 ss. Cf. Ricardo Feller, El caballero Melchor de Lussy, de Unterwalden. Sus relaciones con Italia, y la parte que tuvo en la contrarreforma, 2 tomos, Stans, 1906 y 1909.

(5) V. nuestros datos del vol. XV, 263, XVI, 87.

Iglesia y una profunda piedad determinaban preferentemente todos sus pensamientos y acciones (1). Hombres de parecida calidad eran el prudente Gualtero Roll de Uri, el cual tenía comunicación con casi todas las cortes italianas (2), el «constante» Juan Zumbrunnen de Altdorf, «hombre de sentimientos verdaderamente nobles» (3), Cristobal Schorno de Schwyz y otros.

Los cantones católicos estaban estrechamente unidos entre sí y con el obispo de Sion y los municipios del Valais por los perpetuos «fueros comunales y cantonales», acordados el 17 de diciembre de 1533, al paso que entre los protestantes no existía semejante hermandad (4). Fuera de esto los católicos suizos poseían mayoría de votos en la Confederación, pues después que Soleura se pasó a ellos, eran siete cantones católicos contra dos mixtos en religión y cuatro enteramente protestantes. En cambio los cantones reformados contaban con mayor número de población; Berna solamente podía poner en campaña unos 32000 hombres de armas, más que los cantones de Lucerna, Schwyz, Uri y Unterwalden juntos (5).

Los berneses utilizaron su poder superior para difundir la nueva religión; la victoria de las novedades religiosas en la Suiza occidental es muy propiamente obra suya. Guillermo Farel no hubiera podido introducir las nuevas doctrinas en los cantones de Vaud y Neuchatel sin el amparo de los berneses (6). La intervención de Berna en la lucha entre Saboya y Ginebra facilitó el establecimiento del calvinismo y las inmensas consecuencias que se siguieron para toda Europa de la acción de Calvino (7). En el país del alto Saane, que Friburgo y Berna habían comprado a los acreedores del sumamente adeudado conde de Greyerz, la república protestante obligó presto por la fuerza a aceptar la nueva religión a los habitantes, los cuales oponían a ello resistencia (8). Lo mismo ocurre en la comarca del Vaud; en 1536 la república del Aare había caído sobre el Vaud y apropiádoselo; en el tratado de Lausana, de 1564, Saboya hubo de avenirse a abandonar este país

(1) Cf. Dändliker, II^o, 648.

(2) Wymann, Borromeo, 174.

(3) Dierauer, III, 333.

(4) Ibid., 205 s.

(5) Ibid., 278.

(6) Ibid., 219, 220 s.

(7) Ibid., 228 ss.

(8) Ibid., 296 s.

a los berneses y con esto al protestantismo, a pesar de la paz de Cateau-Cambresis (1).

Aunque los cantones católicos no procedieron ni con mucho tan decididamente como los novadores, con todo, en virtud de su robusta unidad pudieron ejercer influencia en la reorganización religiosa de Suiza. Después de la victoria de las armas católicas en la batalla de Kappel, siguióse en 1532 el restablecimiento de la antigua religión en Bremgarten y Mellingen en Argovia, en algunos señoríos del Linth y en la bailía de Sargans (2). En cambio, en el señorío de Rheintal, en Turgovia, en San Galo y Toggenburg, los protestantes sólo en parte volvieron a la antigua Iglesia (3). La comunidad protestante de Locarno, la única que había en el Tesino, se hubo de disolver en 1555 forzada por los cantones católicos, y los ciento dieciséis novadores que se resistieron, emigraron a Zurich (4). Asimismo se defendieron los derechos de la antigua religión en Glaris con un convenio confirmado en 1564 (5). Las bailías exentas del cantón de Argovia hubieron de prometer por escrito, en 1568, ser obedientes a los cinco cantones y nunca apostatar más de la fe (6). Principalmente la decisión del historiador Egidio Tschudi había contribuido a los felices éxitos obtenidos en Sargans, Locarno y Glaris (7); «si tuviésemos, escribíale su maestro Glareán, dos o tres Tschudis en la Confederación, estaría curado su cáncer, la herejía» (8).

Después de la contienda de Glaris se retiró Tschudi de la política para dedicarse enteramente a la ciencia. Otro mayor que él tomó ahora el cargo de amonestar e instar en la Confederación católica: el cardenal Borromeo. Ciertamente los esfuerzos de este apostólico varón no iban dirigidos a la política; enderezábanse de

(1) Dierauer, 236 ss., 315 ss., 322.

(2) Ibid., 189 ss.

(3) Dierauer, III, 193 ss.

(4) Dierauer, III, 298 ss. Cf. Fernando Meyer, *El municipio evangélico de Locarno*, Zurich, 1836.

(5) Dierauer, III, 309 ss. Mayer, *Concilio*, I, 6, 126. El que por causa de Glaris no tomasen las armas los cantones católicos, se debe al Papa, que quiso prestarles su apoyo sólo para defenderse, pero no para atacar. Feller, I, 42.

(6) Dierauer, III, 313. Lo que se refiere *ibid.*, 312 sobre el Valais, no es exacto; cf. Mayer, I, 105-117.

(7) Dierauer, III, 193, 301, 309.

(8) Ibid., 301.

todo en todo solamente a la renovación interior religiosa de la Suiza católica (1).

Por su nombramiento de arzobispo de Milán era Borromeo no sólo el más próximo vecino de Suiza, sino también prelado de tres valles suizos, los de Levantino, Riviera y Blenio. Además, los cantones católicos en su primera embajada al recién elegido Pío IV, habían pedido por cardenal protector directamente al nuevo secretario de Estado y poderoso nepote (2). Melchor Lussy fué quien, como representante de su patria, hizo esta petición y podía estar cierto de que se le otorgaría. Pues los suizos, a pesar de la pequeñez de su país, eran entonces muy apreciados como guardas de los pasos de los Alpes y por su reconocida superioridad militar (3). Fuera de esto, el cariño que tenía el nuevo Papa a los suizos, era tan conocido, que aun algunos cantones protestantes tuvieron parte en la carta gratulatoria por su elección (4).

En la primera visita pastoral que en octubre de 1567 hizo Borromeo a los tres valles suizos, halló las cosas en muy mal estado, principalmente entre el clero (5). Faltaba un establecimiento de educación para los clérigos jóvenes, por lo cual se juntaba en los sacerdotes gran relajación de costumbres con escasa ciencia (6). Los beneficios en los valles montañosos eran muy tenues; además, de muchas parroquias se había de dar la mitad de la renta del primer año al preboste seglar; en Locarno hasta se le había de dar íntegra. La consecuencia de esto era que los clérigos se dejaban invitar de buen grado a los grandes banquetes, iban a cazar, y procuraban ganar algún dinero comerciando y ejercitando el oficio de posaderos (7). La colación de los cargos eclesiásticos, conforme a antigua costumbre, no correspondía inmediatamente al arzobispo, sino a cuatro canónigos de Milán; mas en el decurso

(1) Cf. Dierauer, III, 332 s.; Ed. Wymann, *El cardenal Carlos Borromeo en sus relaciones con la antigua Confederación Helvética*, Stans, 1910; Paolo d'Alessandri, *Atti di S. Carlo riguardanti la Svizzera e suoi territori*, Locarno, 1909; Rossetti en el *Bollett. storico della Svizzera Ital.*, 1882 (Actas sobre la visita de Borromeo a Suiza, 1567-1571); cf. *ibid.*, 1895 (Actas, 1571 a 1580); Sala, *Docum.*, II, 306 ss.

(2) Reinhardt-Steffens, *Introducción*, p. xxvii; Wymann, *loco cit.*, 77 ss.

(3) Wymann, *loco cit.*, 81.

(4) Reinhardt-Steffens, *Introducción*, p. xxvii.

(5) Wymann, *loco cit.*, 155-173. Bascapé, I, 2, c. 3, p. 32-34.

(6) Wymann, *loco cit.*, 166.

(7) *Ibid.*, 162 ss.

del tiempo la jurisdicción eclesiástica había sido reducida en general a una sombra y casi totalmente usurpada por el poder civil (1).

A causa de la mayor autoridad del brazo secular el cardenal había solicitado su cooperación en la visita pastoral. En vista de esto Uri le envió su tesorero Juan Zumbrennen, Nidwalden al noble Melchor Lussy, y Schwiz a un cierto Juan Gasser (2). Acompañado de ellos, recorrió Borromeo los tres valles durante el mes de octubre, examinando, amonestando y castigando. Terminada la visita, juntó luego a todo el clero en Cresciano y de nuevo les inculcó sus obligaciones, después de lo cual también Juan Zumbrennen pronunció un discurso lleno de energía y aseguró que nadie hallaría amparo en el poder civil contra las disposiciones del arzobispo. Siguióse luego la aceptación de los decretos tridentinos y la profesión de fe prescrita por el concilio (3). Para distinguir claramente los derechos de la autoridad civil y los de la eclesiástica, Borromeo envió más tarde el proyecto de un ajustamiento, sobre el cual se deliberó en Brunnen el 29 de diciembre de 1567. El cardenal, sin embargo, no consiguió mucho con su propuesta; en atención a la vida santa y sentimientos paternales de Borromeo se quiso concederle para durante su vida las peticiones presentadas, pero el arzobispo no se dió por contento con esto (4). Mucho más se pudo alegrar de su buen éxito en otro respecto. «Ya en 8 de septiembre de 1568, Bartolomé Bedra, vicario del arzobispo en Chiggiogna, ponderaba la completa conformidad de los de Levantino en juzgar que desde hacía doscientos años no habían tenido un clero tan excelente como ahora.» (5)

Borromeo visitó por lo menos diez veces el Tesino (6). En su segunda visita pastoral, efectuada por agosto de 1570, fué a visitar también la Suiza alemana (7). Su protectorado se extendía igualmente sobre toda la nación helvética, y hablando personalmente con los hombres más influyentes de los cantones católicos,

(1) Wymann, 155 ss.

(2) Ibid., 170.

(3) Ibid., 190. Bascapé, l. 2, c. 3, p. 33.

(4) Wymann, loco cit., 171; cf. 185.

(5) Wymann, loco cit., 170. Omnino spatio mensis adeo profecit, ut eius ecclesiae tota pene facies immutaretur (Bascapé, l. 2, c. 3, p. 33). Otra expresión laudatoria se halla en Wymann, loco cit., 170, nota.

(6) Ibid., 169.

(7) Reinhardt-Steffens, Intr., p. cccx ss. Wymann, loco cit., 174-243.

pensaba poder facilitar una solución a la cuestión jurisdiccional de los tres valles. Para que su viaje causase menos extrañeza, combinó con él una visita a su hermana Hortensia en el castillo de Hohenems en el Vorarlberg. El 20 de agosto de 1570 Borromeo se hallaba en casa de Gualtero Roll en Altdorf, al día siguiente en casa de Melchor Lussy en Stans; en la llamada casa de Winkelried se muestra todavía allí el aposento que habitó. Después de una excursión al sepulcro del muy venerado ermitaño beato Nicolás de Flüe, visitó a Lucerna, Zug, Einsiedeln y San Galo, donde hizo una plática al abad Otmaro Kunz y su convento. De vuelta de Hohenems tocó en Schwyz y a invitación de Egidio Tschudi también en Altdorf. El 6 de septiembre el cardenal entraba de nuevo en Milán.

Borromeo hizo llegar a Roma por el cardenal Burali una extensa relación sobre su viaje (1), que se puede designar como un verdadero reconocimiento del país (2), sobre el estado de Suiza y los medios de remediar los males de aquella iglesia. Dícese allí, que ante todo se dignase el Papa enviar a Suiza un nuncio, el cual no se entremetiese en política, sino se dedicase únicamente al cuidado de las cosas eclesiásticas. Que de hábil manera había de llamar la atención de los señores suizos sobre que, a pesar de su acatamiento tantas veces ponderado al concilio, no observaban sus ordenaciones en lo relativo a los beneficios; que luego se podría sin duda conseguir que se contentasen con el derecho de presentación para las prebendas y reconociesen que la colación propiamente dicha procede de la autoridad eclesiástica. Que por lo que toca al clero, sólo de los eclesiásticos jóvenes era de esperar una transformación interior; pero que se podría fácilmente poner término a los desórdenes que salían afuera (3). Mas que para esto era enteramente necesario un proceder uniforme en todas las partes de Suiza, pues mientras la reforma no se ejecutase más que en territorios aislados, los incorregibles podrían evadirla huyendo a otras comarcas. Que por tanto se debía obrar con severidad aun a riesgo de que algunos por desesperación se pasasen luego a los herejes;

(1) de 30 de septiembre de 1570, en Reinhardt-Steffens, Documentos, 6-17; cf. Intr., p. cccxxiii ss.

(2) Hürbin, II, 228.

(3) Un año antes de la visita de Borromeo el concejo de Lucerna había dirigido una amonestación a los franciscanos de dicha ciudad, a causa de su vida escandalosa; v. Protocolos del concejo, XXVII, 393^b, *Archivo público de Lucerna*.